

El papelito

Ana Vigoni



Capítulo 1

El papelito

Ana Vigoni

Era miércoles. La mesa servida, costeleta con ensalada de tomate y lechuga. La tele prendida, el patilludo estaba en Alemania haciendo no sé qué. Comíamos temprano y un poco rápido, había que ponerse el guardapolvo y llegar al colegio antes de las 13:20. Ir al colegio a la tarde era una bendición, odiaba levantarme antes de las 10 de la mañana. Dormir es un placer que no podemos disfrutar plenamente hasta estar jubilados. Irónicamente, cuanto más viejos estamos, menos es el tiempo que aguantamos estar en la cama. En fin.

El día estaba oscuro, amenazaba lluvia. Otra bendición: no tenía que ir en bicicleta. Íbamos por el boulevard Yrigoyen, las hojas de las palmeras enredadas en los cables, las hojas secas cayendo al piso. Sacudía enfáticamente mi jean Archie a la altura de las pantorrillas. La camioneta estaba sucia y, como siempre, olvidaba levantar las piernas para subirme. Siempre lo mismo. La tierra en los asientos y en el volante, algunos granos de soja escondidos en las hendiduras. Trataba de sentarme en el rincón que parecía más limpio, quería llegar presentable a la escuela. El pelo estirado en una cola de caballo y el guardapolvo planchado desentonaban con la mugre del trabajo de campo.

A pesar de todo, me gustaba ir a la escuela. Sumergirme en el mundo del conocimiento. Los lápices nuevos ordenados en los elásticos de la cartuchera cuadrada de algún personaje de Disney o Barbie, los cuadernos forrados con papel araña, la carpeta de ganchos que siempre terminaban rotos y lastimando hojas. Leer. Leer cualquier cosa que se me cruzara. Siempre en una nube de pedos, como decía mi mamá. En esa nube andaba cuando se acercaron a mi banco dos compañeras, justo después de que sonara el timbre del primer recreo. Mariana abanicaba su pelo rubio atado en una media cola y se reía disimuladamente, mientras Carla tenía sus ojos marrones (y un poco diabólicos en ese momento, o tal vez es producto de mi imaginación afectada) fijos en mí. Avanzaban a tranco largo con sus piernitas flacas mientras yo guardaba las cosas antes de salir al patio.

-Vicky, te tenemos que decir algo.

Me acorralaron una en cada punta del banco. Las miré con una mezcla de miedo e intriga. Lo que más me gustaba de ellas era su desenfado. Su extroversión, su capacidad de relacionarse con los demás sin parecer un pollito mojado con dificultades en el habla. Sin embargo, no podía

llamarlas mis amigas. Ninguna de ellas lo era.

- Nos enteramos que te gusta Martín. Mis ojos como platos. Palpitaciones. Sudor. Cachetes colorados. Diagnóstico: vergüenza nacional. Desmentí rápidamente, pero no tengo mucho poder de convicción. - No nos mientas, Vicky, ¡Nos contó Pau!. Infinitas puteadas mentales a Paula. ¿Cómo me va a hacer eso? ¡Se lo conté como un secreto! ¡Le hice jurar y re jurar! ¡Qué forra!... Si te gustaba alguien, lo peor que te podía pasar era que se entere. Un papelón. A uno no le gustaba alguien para ponerse de novio. Le gustaba para escribir cartelitos de "Vicky y Martín" en el diario íntimo con muchos corazoncitos y frases cursis. En realidad no sabía bien qué era lo que me gustaba de Martín. Calculo que el hecho de que era rubio y de ojos celestes, como uno de los Backstreet Boys. Más allá de sus características físicas era muy difícil para mi yo de 1998 identificar qué me agradaba de este chico, si había cruzado tres palabras en toda la primaria era mucho decir.

- No te preocupes amiga, que no le vamos a decir nada. Pero nosotras te vamos a hacer gancho con él, ¿no Marian?.

Me negué rotundamente, enfatizando la decisión con movimientos horizontales de cabeza. Y agregué: - Además, no me va a dar bola. Así que no. En ese momento Carla se agachó en tono confidente. Quedamos cara a cara. Hasta sus pecas me miraban fijo.

- Lo que vos no sabés, es que Martín sí te va a dar bola".

En mi caso, la regla general sobre la confianza ante el otro es el escepticismo. Antes de abrirte la puerta, me asomo a la mirilla. Te observo un rato largo. A ver cómo me cae tu cara. Tu forma de andar. Tus gestos, tu mirada. Si pasás la prueba te abro, pero no te dejo entrar a mi casa. Te interrogo. Te cuestiono. Te observo un poco más. Si mi intuición dice que está todo bien, pasas. Si no, te quedas en la puerta, probablemente para siempre. Esto lo fui desarrollando mejor con el paso de los años, obviamente. Es muy raro que le crea a alguien cualquier cosa porque sí. Menos si era que Martín gustaba de mí. Creo que alguien que gusta de vos no te grita "Gorda jirafona cuatroojos" por los pasillos del colegio. Aunque a los once años, todo es posible. Los niños son crueles.

Me quedé mirando fijo a Carlita. Carli. Me di cuenta en ese momento que me parecía una pendeja de mierda. Agrandada. A pesar del microsegundo de emoción inicial que tuve, decidí no creerle ni una palabra.

- Rajá de acá Carla. Y no digás nada, por favor.

Obviamente, antes del segundo recreo todo el curso estaba enterado de que me gustaba Martín. Mis cachetes colorados a punto de estallar. Me quería ir a casa con suma urgencia, tomarme una chocolatada gigante con

galletitas surtidas y mirar Los Simpson hasta que mi cuerpo desaparezca de la faz de la tierra. Como eso no iba a ocurrir, decidí hacer como que no pasaba nada, hasta que se olvidaran todos. En algún momento se iban a olvidar. ¿O no?

Qué hija de puta esta Paula. Ahí me falló el instinto. Pensé que podía guardar un secreto. Le dediqué miradas asesinas durante las horas restantes. A ella, a Carla y a Marina, que me miraban y no paraban de cuchichear. Y de reírse. Y de ir a hablar con Martín en los recreos y seguir riéndose mirándome de reojo. Qué pendeja paranoica, pensarán. Fabuladora. No le importaba a nadie la exposición de tu enamoramiento infantil. Habrán estado hablando de lo guacha que es la de Matemáticas o de la prueba de Sociales de la semana que viene. No sé. Yo sentía que andaba con un cartel luminoso colgando del cuello que decía: "Soy una gorda lechona que gusta de Martín".

A la salida, mientras guardaba los útiles en la mochila, se me volvieron a acercarse Marina y Carla, y Paula un poco más rezagada por detrás.

- Estuvimos hablando con Martín. De vos. Otra vez la burra al trigo.

- Basta chicas, ya fue.

- Te va a pedir arreglo el viernes. De nuevo el enrojecimiento. El escepticismo. Se me nubló un poco la visión y empecé a transpirar frío. Estaba segura que el estómago se me había dado vuelta. Todos los órganos en realidad. Me senté e intenté terminar de cerrar la mochila para ir a buscar a mi mamá a la puerta de la escuela.

- Basta, no quiero.

- Pero si te gusta, ¿o no? Ya hablamos todo. El viernes te va a pedir arreglo.

No eran mariposas en el estómago, eran murciélagos, agitando sus alitas arrugadas, colgados del esófago.

- No sé, no me importa, no me gusta más. Basta.

- Vas a ver, vos esperá hasta al viernes.

¿Por qué el viernes? ¿Por qué el viernes y no ahora? Faltaban dos días para el viernes. ¿Por qué mierda tenía que ser el viernes y no ya? Esto se estaba yendo de las manos. Era evidente que me estaban mintiendo, pero sonaban tan convencidas. ¿Y si era verdad? ¿Si habían hablado y él había decidido de un momento a otro que gustaba de mí? Podía pasar. Cuando se enteró que yo gustaba de él empezó a ver todas mis bondades y se enamoró. Podía ser, ¿no? Al fin y al cabo así era como funcionaba el amor,

era un flechazo que surgía de la nada y se metía bien adentro del corazón.

El resto del miércoles anduve nerviosa y exaltada. Hice la tarea y jugué a los videojuegos un rato. Distráida. Por momentos pensaba que mi vida era como el Tetris, siempre esperando que llegue la ficha más difícil, la finita y larga, la que eliminara todos los bloques de confusión y tristeza en un segundo. Pero después de jugar un rato me di cuenta que el tiempo pasa, los errores se acumulan uno tras otro, y te quedas esperando el milagro como una boluda, hasta el game over. Dejé el Tetris y con él, los pensamientos filosóficos. Cené y me fui a dormir, esperando la ficha alargada.

Era jueves. El día pasó lento. La ansiedad no es buena amiga de la espera. Todavía estaba confundida y muy descreída de lo que me habían prometido mis amiguitas el día anterior. Pero, ¿para qué negarlo?, algo adentro mío quería creer en lo que me decían. Me permití tener una pequeña ilusión, especialmente porque durante la hora de Naturales Martín me miró mucho. Y no era solo mi vívida imaginación. No supe descifrar la intención que ocultaban sus ojos, aunque parecía que asco no era. Ni odio. Un gran paso. Si no me odia, me tiene que querer. Lógica. Mariana y Carla seguían cuchicheando sin parar en su banco al fondo del aula, pero no me importaba, Martín me estaba mirando y no era con resentimiento. Ese día no me dijo gorda cuatro ojos en ningún momento. Era un gran paso, definitivamente.

Durante el último recreo el dúo dinámico se acercó a Martín con un papel en mano. Me quedé mirando, prestando atención, intentando descubrir el crimen. No podía ver demasiado y no me quise acercar para no arruinar lo que sea que hayan estado haciendo. ¿Lo estaban haciendo por mí? ¿Mariana y Carla eran realmente capaces de hacer algo por mí? Estaba por saberse. Martín escribía algo. ¿Me estaba escribiendo una carta para declararse? Me mataba la ansiedad, pero no podía preguntarles nada sin mostrarme desesperada. Tenía que disimular. Poner el escudo. Mi viejo amigo el escudo. Todo estaba bien. Más que bien. Mariana me miró desde el banco de Martín y levantó su dedo gordo de manera disimulada. Todo estaba bien. Sus ojos parecían sinceros. Estaba radiante. Su pelo platinado brillaba al lado de la ventana, parecía una de esas nenas de publicidad o de las novelas de Cris Morena. Me daba mucha envidia, lo admito. Yo crecí de golpe, tenía unos centímetros más que el resto. También algunos puntitos de miopía de más, y muchos libros de más. Los chicos detestan a los estudiosos, ser rebelde y llevarse 13 materias siempre fue más popular que ser un olfa traga libros. La popularidad, la fichita larga y finita del Tetris en su máxima expresión.

Martín terminó de escribir y dobló el papel. Se lo entregó a Carla. Me miraron y salieron corriendo del aula. Cuando salí ya no estaban. ¿Por qué no me lo daban ahora? Si ya lo había escrito. ¿Dónde habían ido? Las

alarmas empezaron a sonar. Fuerte. Me estaban dejando sorda. Quería tirarme al piso y llorar. Sabía que algo andaba mal. Salí a buscarlas por todo el colegio hasta que sonó el timbre. Vuelta al aula. A la ansiedad. Marina y Carla llegaron un poco después, la maestra las retó por la impuntualidad. Al terminar la clase las fui a increpar. "Está todo bien. No te preocupes. Mañana te damos la carta, faltan algunos detalles". Algunos detalles. Quería mantener la ilusión pero ya sabía que no iba a terminar bien.

Era viernes. Llegó el día. Seguía ansiosa. Quería saber qué estaba pasando, si algo de todo eso era real, si podía seguir creyendo en la bondad de la humanidad, si en mi vida todavía podían ocurrir milagros. Cuando uno vive en un mundo de fantasía la mayor parte del tiempo, su vida suele convertirse en una novela. Una novela rosa, un dramón de esos en los que se escuchan los secretos mejor guardados detrás de las puertas y la protagonista queda parálitica porque "la mala" la empujó por las escaleras "sin querer". Yo vivía mis once años de color rosa, los malos momentos eran tragedias griegas y las alegrías eran dignas de ser publicadas en el diario. Lo irónico de todo esto, es que odiaba el color rosa. Ese día quise ir con el pelo suelto al colegio y mamá me recordó que había epidemia de piojos. Me subí a la bicicleta y partí, sin saber muy bien qué esperar de ese día. Pedaleaba lento, transpiraba mucho. Empezaba a hacer calor, pero no sudaba por el calor. Estacioné la bici, le puse el candado. Entré al colegio.

Himno. Filas. Izar la bandera. Entrar al aula. Buenos días señorita laralala. Sacar la carpeta. La cartuchera. Los libros. Me sentía un robot. Esperando el momento. Se me nublaba la visión, a pesar de que tenía los anteojos puestos. Escribía el dictado sin ganas, resolvía los problemas sin atención. Nunca supe controlar la ansiedad. Se percibía una sensación de exaltación en los bancos atrás mío. No me podía dar vuelta porque la maestra me retaba. Me di vuelta igual. Necesitaba saber. Necesitaba ver qué estaba pasando. Las chicas como siempre murmurando y cuchicheando, Martín como siempre mirando al techo. Paula estaba como ida. Cruzamos la vista por un instante. ¿Sus ojos pedían perdón? La maestra me llamó la atención y volví a resolver fracciones.

Timbre. Recreo. Carla me hace señas. Voy.

- Vení, vamos a la biblioteca. Dale. Vamos. ¿Con qué me iba a encontrar? ¿Iba a estar Martín ahí? No lo veía en el aula. ¿Me estaba esperando en la biblioteca con la carta? ¿Se me iba a declarar? Todavía me hacía ruido la mirada de Paula. Me hacía ruido la panza de los nervios, los huesos, el corazón. Pero la ilusión, si, la ilusión, Martín y yo juntos, no solamente en el diario íntimo, juntos de verdad, íbamos a crecer, a casarnos y a tener muchos hijitos juntos, me iba a regalar peluches y a hamacarme en la

plaza, Vicky y Martín forever and ever...

- Sentate ahí. Martín no estaba. En su lugar, estaban Mariana y Paula, mi futura ex mejor amiga nuevamente con esa cara de pollo mojado que había tenido todo el día. Carla me dio la cartita. Sí, cartita. En diminutivo. Era un papelito. De diez centímetros por quince. Una carta de amor no entraba ahí. Lo miro fijamente antes de abrirlo. Ya lo sabía. Siempre lo supe. Todas me miraban expectantes y sonrientes.

- ¡Dale, ábrilo! La sonrisa se le escapaba de las caras. Como al Guasón de Batman. Lo abrí. Era su letra, sí. La letra de Martín. Decía querer pedirme arreglo. El ruido se convirtió en una palpitación sorda, la sangre bombeaba repiqueteando en mi sien. Martín quería pedirme arreglo y yo tenía que responderle ahí mismo en el papelito, por si o por no. Me alcanzaron una lapicera y me señalaron el papelito de mierda. Estaba algo borroso. Borroso y arrugado. Era la letra de Martín, sí. Pero no.

- Esto está calcado, no me jodan. Lo negaron a muerte. Comenzaron a darme explicaciones del porqué de las condiciones del bendito papel, que se había mojado, que estaba escondido para que nadie lo encuentre... Pero yo ya sabía. Siempre lo supe.